

“Verdaderas viviendas”

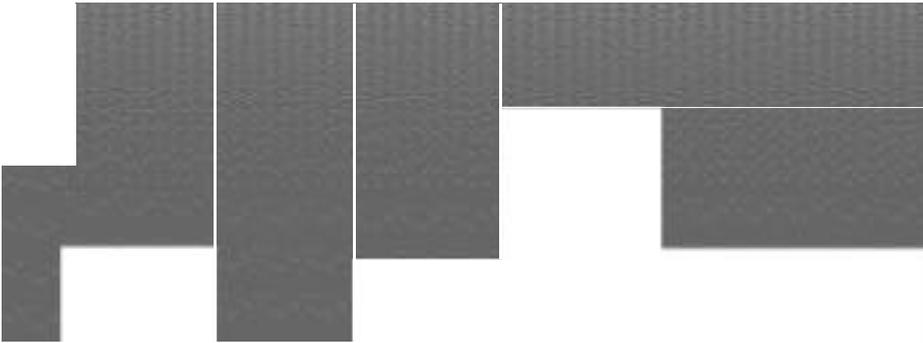
La política habitacional ha sido centro de debates en la escena pública venezolana de los últimos tiempos. Siempre es un reto para los nuevos gobiernos abordar el tema de la vivienda, un área emblemática de la deuda social, de las expectativas de la población que carece de una vivienda adecuada, además de un tópico frecuente de los dirigentes políticos, más allá de sus vasos comunicantes con la política económica y social.

La historia de la política habitacional venezolana es de larga data y ha acumulado importantes experiencias. Sobre su balance crítico y el de las enseñanzas internacionales es donde deberían fundarse las políticas actuales. Pero preocupa que no se refleje en ellas una visión coherente, diferentes concepciones en pugna se expresan en la orientación de la política habitacional del gobierno actual. El enfrentamiento entre el Ministerio de Infraestructura y sus organismos adscritos que hemos presenciado, sin contar con la poca importancia que se le ha dado a los institutos regionales y municipales de vivienda surgidos al calor del proceso de descentralización, constituyen un campo minado que obstaculiza una política habitacional moderna y viable.

Dos problemas centrales percibimos en el diseño y acción de la política habitacional de la actual administración.

No se ha procedido a una reorganización consistente de los organismos encargados de la política de desarrollo urbano y vivienda. Los cambios cosméticos han sustituido el cambio radical que desde hace tiempo se aspira y para el cual hay suficientes estudios y propuestas. Ha privado una visión centralista y perpetuadora de una infinidad de organismos planificadores y ejecutores con un afán protagonístico que conspira con una política coherente y de dirección clara.

Se ha hecho dominante una concepción que privilegia la construcción de viviendas populares que aunque en sus estándares en área (aunque no siempre en calidad con las excepciones del caso), puede entusiasmar a las altas esferas del poder, ignora las nuevas ópticas de la producción habitacional que no concibe la vivienda como un producto acabado sino como un proceso que se va transformando en el tiempo, además que compromete la viabilidad



a futuro de atender las necesidades de toda la población necesitada. Porque aunque aspiramos a que todos los ciudadanos cuenten con una vivienda adecuada, tal aspiración pasa por un plan de producción de vivienda y su entorno que, partiendo de un núcleo básico suficiente, sea la semilla de una vivienda que se desarrolle en el tiempo hasta alcanzar un resultado diverso, según las necesidades diferenciales de los variados núcleos familiares.

¿Cómo quedan los que están al final de la cola de espera? Los primeros obtienen una vivienda completa, los que vienen atrás ¿obtienen también eso mismo? Sólo si los recursos alcanzan, lo cual no es seguro.

Una estrategia más viable es dotar a las familias de una vivienda básica que a través de tiempo se transforme en un alojamiento adecuado, pero para infinidad de familias su solución habitacional no es una nueva vivienda sino la rehabilitación de la que ya poseen. Se trata, en fin, de un menú de opciones que no se resume a la agenda de producción habitacional del paso de la Venezuela rural a la urbana, sino a los nuevos retos de la sociedad urbana que desde hace décadas se hizo dominante en nuestro país.

Nos hablan de “verdaderas viviendas” concibiendo como tales las que se requerían cuando los núcleos urbanos atrajeron la migración desde el campo empobrecido. Hoy en día el núcleo principal es la población que nació y creció en las ciudades. Y ahora conocemos mejor la dinámica urbana, sabemos que de nada valen campamentos de viviendas alejadas de los sitios de trabajo, que antes que solución son alimentadores de nuevos problemas.

Las verdaderas viviendas no son las que se conciben desde una oficina burocrática sin conexión con las necesidades de sus habitantes no sólo habitacionales sino de cercanía de las fuentes de empleo, las verdaderas viviendas no son en todos los casos las nuevas construcciones, sino la dignificación de las que ya existen por el esfuerzo propio de sus habitantes, eso sí, acompañadas de un entorno urbanístico y de servicios.

Verdaderas viviendas no es dotar a algunas familias de un alojamiento adecuado, sino de construir y poner en práctica una política que no sea sólo una muestra de lo que pueden alcanzar algunas familias, sino todas. Para ello se requiere un rediseño y reorganización institucional radical, pero también una nueva óptica de entender el hábitat, que no se resume en un cascarón de vivienda sino en una nueva concepción de la vida urbana.

Alberto Lovera